

Sarmiento: el proscrito de la victoria



Adriana Amante

Abstract

Apenas caído Rosas y ya distanciado de Urquiza, Sarmiento vuelve a exiliarse. De paso por Río de Janeiro, participa de reiteradas y singulares entrevistas con Pedro II, el emperador bibliófilo que se revela como un conocedor de la obra del escritor argentino. Sarmiento, que quería ser leído -comprendido, aprendido- por Rosas, aprovecha esta circunstancia para presentarse no sólo como un excepcional interlocutor letrado para el poder, sino como un verdadero ideólogo. La conversación es una forma discursiva productiva cuando se estudian las relaciones sociales y políticas que se traman en el exilio, puede convertirse en un sucedáneo de la literatura, y resulta fundamental en la conformación de una memoria histórica nacional.

Palabras clave: Sarmiento, Rosas, Pedro II, destierro/proscripción/exilio, conversación, memoria.

Abstract

Immediately after Rosas' defeat, Sarmiento falls out with Urquiza and goes into exile again. During a stop in Rio de Janeiro, he takes part in singular and repeated interviews with Pedro II, the bibliophile emperor who reveals himself as a reader very knowledgeable on the work of the Argentine writer. Sarmiento, who wanted to be read (understood, taken into consideration) by Rosas, takes advantage of this circumstance to introduce himself not only as a privileged interlocutor for the emperor, but also as a true ideologist. The conversation is a challenging discursive form when studying social and political relations originated by exile. It can be transformed into a replacement of literature, and is a crucial element in the constitution of a national historical memory.

Key words: Sarmiento, Rosas, Pedro II, exile, conversation, memory.

Los enigmas de la política argentina

Cuando los tiempos políticos cambian, con la caída de Juan Manuel de Rosas en 1852, el destierro renueva sus peregrinos y otro exilio comienza. No debe imaginarse, sin embargo, la sola fuga de rosistas derrotados. Entre los que han perdido, se cuenta Domingo F. Sarmiento, quien –pese a haber salido vencedor en su lucha contra el Restaurador de las Leyes– está decepcionado con las nuevas imposiciones políticas y, distanciado de Justo José de Urquiza, vuelve a exiliarse en el mismo barco en el que se marchan los Mansilla, con quienes comparte también una breve estada en Río de Janeiro, de donde partirán unos hacia Europa y el otro rumbo a Chile. Sarmiento presenta como algo fuera de lo común una escena que lo involucra personalmente, como era su costumbre, aunque –hay que admitirlo– no deja de resultar extraña. “Como usted lo sospechará”, le escribe a un amigo de la infancia, “soy un proscrito de la victoria”¹. Bordeando peligrosamente la identificación sentimental con su eterno enemigo, que se embarcaba en esos días hacia su exilio en Gran Bretaña, casi se complace en recordar que, como Rosas,

(...) tuve que (...) asilarme en un buque de guerra: como él contemplar tristemente a Buenos Aires tres días desde las balizas; como él decir adiós a la patria y tomar el camino del extranjero, acompañado para mayor derripción de la fortuna, de su sobrino y de su hermano, el general Mancilla [sic], con quienes, embotadas las asperezas del espíritu de partido por el roce diario, asistí a la Ópera en palco común en Río de Janeiro, no sin grande estupefacción del Emperador, de la corte y del público, que no acertaban a descifrar aquel enigma viviente, expuesto ante sus ojos, como una lección de las raras vicisitudes de la política argentina².

¹ Así alude Sarmiento a su situación en carta a Antonino Aberastain, fechada en Petrópolis, el 5 de abril de 1852 (Domingo F. Sarmiento, *La correspondencia de Sarmiento, Primera serie: tomo I, años 1838-1854*, Córdoba, Poder Ejecutivo de la provincia de Córdoba, 1988, p. 192). Un adepto de Sarmiento le había escrito para comunicarle que se habían impartido “órdenes secretas a todos los puntos de la República para que usted sea fusilado en el acto de pisar el territorio argentino”, proporcionándole argumentos que justifican sobradamente su partida y solidarizándose, ya que todos sus “apasionados” han “comprendido la absoluta necesidad en que usted se hallaba de emigrar por segunda vez”. (Carta dirigida a Sarmiento, fechada en Buenos Aires el 3 de marzo de 1852, en *La correspondencia de Sarmiento*, p. 190. Los compiladores del epistolario no pudieron establecer el nombre del remitente).

² Sarmiento, *Campaña en el Ejército Grande aliado de Sud-América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1958, p. 62. En carta a Bartolomé Mitre del 22 de marzo de 1852, desde Petrópolis, comenta también esta escena y adopta una pose, al decirle que Lucio Norberto Mansilla y él “tuvimos ambos la insolencia de presentarnos al público y a la corte en un mismo palco en la Ópera, lo que causó una grande sensación. Recordémele el Emperador y se rió mucho del caso” (en Sarmiento, *La correspondencia de Sarmiento*, p. 191). Tulio Halperín Donghi, por otra parte, alude a un plan urdido por Sarmiento y aquel que “se había trocado en su compañero de destierro” para intentar “una nueva cruzada libertadora, esta vez dirigida por el general Mansilla” (prólogo a s. p. XLIII).

Pero no era infrecuente el encuentro de rosistas y antirrosistas en el salón de la familia de Tomás Guido, el representante de Rosas ante la corte brasileña, por ejemplo; lo que obliga a reconsiderar la singularidad de la escena, dado que no debe haber sido la primera vez en que los dos bandos se mostraran en público confraternizando. Lo prueban las relaciones amistosas y afectivas de los Guido con la exiliada Mariquita Sánchez (para no hablar del caso extremo de esas vinculaciones sociales, como la que unió a Tomás Guido con el antirrosista José Mármol, si seguimos la hipótesis de que eran padre e hijo natural). Es más que probable que Mariquita, que había frecuentado la Ópera, lo hiciera acompañada precisamente del enviado de Rosas y de su mujer. Además, para completar la trama, cuando Sarmiento y los Mansilla se embarcan rumbo a Río de Janeiro, se detienen –como es de rigor– en Montevideo, donde todavía residía Mariquita Sánchez, quien le cuenta a su nieto Enrique: “Supe que Mansilla estaba a bordo y fue Julio a traerme a Eduarda [la hija del general], pero no estaba. Dales memoria. Uno de estos días les escribiré³.”

Pero lo que sí resulta singular es la serie de encuentros de Sarmiento con el emperador del Brasil. Estando sólo de paso por Río de Janeiro y sin pertenecer al cuerpo diplomático (que tenía un acceso directo y periódico), el sanjuanino participa de reiteradas entrevistas, “muchas de ellas solicitadas” por el propio Pedro II, de acuerdo con lo que desliza Sarmiento con su acostumbrada falsa modestia, ya que “por temor de ser indiscreto, yo economizaba mis visitas” (*Campaña*, p. 65).

La voluntad discursiva de Sarmiento

“No es bavard”, le dice un día el emperador a Sarmiento, en sus ya habituales encuentros, refiriéndose a Frutos Rivera. Sarmiento entiende rápidamente que la réplica no está dirigida a algo que él haya dicho en la conversación que vienen manteniendo y la sorpresa se convierte en vanagloria: “¡Eh, diablo! me dije yo para mi colete, ¡ha leído mis viajes!” (*Campaña*, p. 66).

Sarmiento descubre gratamente que Pedro II es un lector atento de su obra; y resuelve aceptar el desafío de una conversación que, aunque difícil, le resulta muy interesante: “como digno soldado del Ejército Grande, no pesaría, ni moví músculo al oír silbar esta bala perdida. Más gruesas y más cercanas nos habían pasado a V. y a mí aquellas rojas que V. me mostraba en el Tonelero”, le cuenta por carta a su amigo Bartolomé Mitre, compañero de armas y de escritura (*Campaña*, p. 66). La conversación presentada (más que entendida) como un combate es una muestra del humor de

³ Es que ni Eduarda ni Agustina Rozas de Mansilla iban con ellos.

Sarmiento, al tiempo que una forma de interesar al destinatario de su misiva en el asunto. Pero también una forma de magnificar la importancia de los temas que se tocan, al volverlos causas fundamentales: coloca al lector frente a una conversación de alto rango, bien en consonancia con la vanidad de su protagonista. El diálogo, sin embargo, no es una conversación de Estado o de política en su sentido más estricto, sino una informal, dentro de lo que permite la investidura del anfitrión, ya que recibe a su invitado "con una indulgencia y atención que a veces le hacía derogar las formalidades de la etiqueta" (*Campaña*, p. 64). Así fueron los varios encuentros fuera de protocolo que Sarmiento tuvo con Pedro II y en los que hablaban sobre cultivo de la seda (tema por el que ambos se interesaban particularmente), planes para la inmigración o literatura.

Sarmiento recupera, por medio de la escritura, los movimientos de aquella "conferencia", que "duró dos horas y media de tertulia de silla a silla y con un abandono afectuoso y cordial de parte del Emperador". Se nota, ya en el diseño espacial del encuentro, la voluntad de remarcar el grado de intimidad alcanzado con un personaje de esa categoría: Sarmiento se ufana de haber conocido al "hombre privado", en contraposición con el hombre de estado que –por exigencias de protocolo, que sigue los lineamientos de etiqueta que había fijado su abuelo, João VI– es reservado, circunspecto y cauteloso⁴. La diferencia la subraya Sarmiento por medio del testimonio de "los que le conocen [al emperador, que] se sorprenden del abandono con que me ha tratado, y de lo comunicativo y franco que se ha dignado mostrarse conmigo" (*Campaña*, p. 68). Comparado con el cruce de reverencias y las promesas (probablemente más protocolares que efectivas) de futuros encuentros con la emperatriz que alimentaron la vanidad de Mariquita Sánchez (porque Teresa Cristina había manifestado deseos de conocerla), el caso de Sarmiento es –de las dos situaciones de privilegio– ciertamente la más singular.

Al referirse a los géneros ceremoniales, Mijail Bajtín considera la poca posibilidad de imponer una marca personal en situaciones donde rige la etiqueta, porque

⁴ Sarmiento, *Campaña*, pp. 66 y 68, respectivamente. Tomás Guido, al describir uno de los bailes del Palacio, le había comentado a Pilar que las hermanas del emperador "no bailaban las valsas con hombres, sino con las más jóvenes de sus damas; y preguntando yo a un palaciego la causa de esta excentricidad, me contestó muy formal que como en la valsa había más confianza y contacto, no parecía conforme con el decoro de las Princesas admitir este roce. Lo que haya de más o menos agradable en esta etiqueta, sería menester preguntarlo en secreto a las interesadas" (Carta de Tomás Guido a Pilar Spano, Río de Janeiro, 7 de agosto de 1841, AGN, Fondo Tomás Guido, 2042, subrayado en el original).

la voluntad discursiva se limita por la selección de un género determinado, y tan sólo unos leves matices de entonación expresiva (puede adoptarse un tono más seco o más reverente, más frío o más cálido, introducir una entonación alegre, etc.) pueden reflejar la individualidad del hablante (su entonación discursivo-emocional)⁵.

Es precisamente contra esto que Sarmiento trabaja. Porque lo que quiere resaltar es su marca personal, su excesiva –y, desde su punto de vista, su exitosísima– voluntad discursiva. Sarmiento encuentra en esta escena de conversación una convalidación más de la imagen de sí que él mismo está afanosamente construyendo desde hace ya por lo menos diez años a través de su obra. Obra que, por otro lado, es material fundamental de esa conversación y en torno de la cual se hacen manifiestos ciertos desacuerdos entre los interlocutores, promoviendo intercambios de opiniones que, si no dejan de realizarse en un clima de altísimo respeto –en cumplimiento de las reglas de la urbanidad y del decoro–, están condimentados –para regocijo de Sarmiento– con “algunas sales”.

“No es *bavard*.” El emperador ha sido directo. Por lo que Sarmiento admite: “Ahora ya no había subterfugio, y el combate estaba iniciado. Un oficial de guerrilla habría ripostado a esta exposición. Yo me fui para hablarle el lenguaje de su arma de V. sobre la batería que quedaba oculta y que era el punto difícil” (*Campaña*, pp. 66-67). Lo interesante es que todo lo que seguramente se veía reflejado en los rostros de los dialogantes es recuperado por Sarmiento como movimientos de artillería entre dos posibles bandos contendientes. Así, con gracia, Sarmiento va recibiendo las estocadas que le lanza Pedro II cuando también le recrimina suavemente la errada percepción que ha tenido sobre la esclavitud en su primer paso por Río de Janeiro, recogida también en sus *Viajes*. No está fuera de contexto el uso de esos términos de guerra en un libro sobre la campaña militar contra Rosas y, mucho menos que suceda pocas páginas después de que Sarmiento recupere su *curriculum* de soldado y combatiente y donde explícitamente se vuelve a la clásica figura de las armas y las letras, no como oposición sino como combinatoria necesaria: “Soldado con la pluma o la espada, combató para poder escribir, que escribir es pensar; escribo como medio y arma de combate, que combatir es realizar el pensamiento” (Sarmiento, *Campaña*, p. 61). Y si bien es claro que los ecos de la lucha militar contra Rosas siguen sonando en el modo en que Sarmiento conceptualiza durante esta etapa de su vida (particularmente en el texto que, justamente, se dedica a la narración de ese combate), es interesante ver cómo él hace precisamente lo contrario de lo que Juan María Gutiérrez –siempre moderado– estipulaba:

⁵ Bajtin, Mijail, *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI, 1985, p. 269.

No sea la conversación como una carrera a cuyo término hay afán en llegar. No sea un tiroteo sobre determinado punto de una plaza fortificada: sea más bien como el distraído vagar de muchos en una campiña espaciosa, que se encuentran y alcanzan sin tropezar ni codearse; huyen de lo que les desagrada, y detienen o apresuran el paso a su capricho y regalada voluntad.⁶

Sarmiento se enfrenta, además, a uno de los mayores problemas de una estética realista: cómo puede el discurso indirecto representar escenas de lenguaje, particularmente si se trata de conversaciones. Sarmiento es un escritor del siglo XIX, el mismo siglo de Balzac. Y tanto hay de novelístico en su escritura (en sus ensayos, en sus cartas, en sus hojas de combate), que él también debe hacerse cargo de esa cuestión, por lo que le lanza a Mitre, en una pregunta cuasi retórica: "¿Cómo le transmitiría en una carta los asuntos variados de aquellas conferencias (...)" (*Campaña*, p. 65)?

Se hace evidente que el emperador bibliófilo es un conocedor de la obra del escritor argentino. Sarmiento, que quería ser leído –comprendido, aprendido– por Rosas, aprovecha esta circunstancia para presentarse, no sólo como un interlocutor de Pedro II, sino como un verdadero maestro; en rigor, como un ideólogo:

he pasado (con el emperador) horas enteras respondiendo a sus preguntas, explicándole las cosas que los escritos no alcanzan. (...) (M)ás que un Emperador y un simple particular extranjero, parecíamos dos estudiantes, el uno [se refiere a Pedro II] entendido y ávido de conocimientos, el otro [se refiere a él mismo] endurecido en las luchas del pensamiento, profesor en materias de emigración, cultivo de la seda e historia íntima de su país" (*Campaña*, p. 65).

De Sarmiento, Pedro II ha leído *Facundo*, *Viajes*, *Argirópolis*, *Educación popular* y artículos de *Sud-América*; pero, en general –y al propio escritor sanjuanino lo sorprende gratamente– "se ha entregado con pasión al estudio de nuestros poetas, publicistas y escritores sobre costumbres y caracteres nacionales. Echeverría, Mármol, Alberdi, Gutiérrez, Alsina, etc., son nombres familiares a su oído (...)" (*Campaña*, p. 64). Y si Sarmiento contesta largamente las

6. Gutiérrez, José María, "La conversación", en *La Moda. Gaceta Semanal de música, de poesía, de literatura, de costumbres*, Buenos Aires, N° 17, 10 de marzo de 1838.

7. Sarmiento se encuentra ante el mismo problema que enfrenta el narrador de "Funes el memorioso" de Jorge Luis Borges. La prueba de fuego para ese testimonio escrito sobre el caso de Funes es, según declara el propio narrador, la reproducción de la escena de la conversación que había mantenido una noche con el memorioso, cuando ya habían pasado cincuenta años: "No trataré de reproducir sus palabras, irrecuperables ahora. Prefiero resumir con veracidad las muchas cosas que me dijo Irene. El estilo indirecto es remoto y débil; yo sé que sacrifico la eficacia de mi relato; que mis lectores imaginen los entrecortados períodos que me abrumaron esa noche" (Jorge Luis Borges, "Funes el memorioso", *Ficciones*, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Emecé, 1974, p. 488).

preguntas que los escritos no alcanzan a explicar, la conversación se vuelve un sucedáneo de la literatura, intensificada por el valor narrativo que puede tener lo que se cuenta, como cuando se ponen a hablar de

aquellos caracteres duros, enérgicos, que he trazado en algunos de mis escritos. Facundo, Navarro, Oro, Funes, Calibar, Barcala le llamaban mucho la atención y me decía: '¿Por qué no hace V. una colección aparte de estos caracteres, y retoca aquellos que no están diseñados sino ligeramente? Sería un curioso libro' (*Campaña*, p. 65).

Para Mme. de Staël, la narración es uno de los "grandes encantos de la conversación"⁸. Y aunque ella, en la puja que establece entre los modos nacionales de conversación de los franceses y de los alemanes, les quita mérito a estos últimos, resulta indudable que las *Conversaciones de los emigrados alemanes*, de Goethe, son un modelo de la conversación como campo favorable para la narración. La conversación es, entonces, espacio apropiado y propicio para la narración; y también campo de prueba para un libro que vendrá o que puede venir. Sarmiento completa la serie de caracteres originales deteniéndose en muchos que todavía no había escrito. La mirada del extranjero, por otra parte, refuerza el carácter original de lo propio, cosa que a todos los románticos (les ocurre también a los brasileños) les sirve particularmente, abocados como están a la formación de una literatura nacional.

El hecho de que Pedro II tuviera lectores de diarios y de literatura que le extraían, de cada escrito, los conceptos fundamentales, no invalida el interés que tenía por la producción letrada argentina, dentro de su característica y general avidez por el conocimiento. Detalla Pedro Calmon que el emperador tenía:

Dois leitores, em 1847: o velho Luis Augusto May, que lhe resumia as gazetas daqui e do Prata (...) e [o visconde de] Taunay, terças e sextas, das 11 da manhã às 3 da tarde, 'para o que levava maços de jornais, com extratos feitos'. Mas não se limitava ao cotidiano. Transportava 'volumes e volumes anotados, pontos de discussão preparados (...)'⁹.

Es probable que Pedro II haya leído, al menos, determinados fragmentos de la obra de Sarmiento de primera mano, sin intermediarios. Tal vez la propuesta de hacer un libro de tipos que se desprenden de *Facundo* se deba a una lectura detenida, personal y meditada (e incluso también probablemente discutida con sus asistentes y asesores), de —como mínimo— el capítulo 2, "Originalidad y caracteres argentinos", de *Vida de Quiroga*. Lo mismo pudo

⁸. Madame de Staël, *De l'Allemagne*, Paris, GF-Flammarion, 1968, p. 109.

⁹. Calmon, Pedro, *História de D. Pedro II*, Rio de Janeiro, José Olympio, 1975, pp. 468-469.

haber ocurrido con la carta desde Río de Janeiro que se incluye en el primer tomo de los *Viajes*. Lo que no significa que la lectura sea tan previa a (e independiente de) la visita del autor: es más que factible que, antes de una audiencia, un asistente del emperador lo pusiera al tanto, leyéndole extractos de lo que el invitado había escrito.

Conversación y memoria histórica

Entonces, como dije, después de Caseros, entre los adeptos a Rosas que emigran, se mezcla uno de sus más lúcidos enemigos: "Así es como un día se le presentó, inopinadamente, a mi padre, en Río, Sarmiento, Don Domingo, en persona, vociferando, increpando, con el verbo cortante, acerado que le era peculiar", recuerda Pedro Lamas¹⁰. El hijo del representante de la Banda Oriental no desmerece lo actuado por Sarmiento en Río de Janeiro; pero sí no desconoce su valor, tampoco le concede demasiada exclusividad ni singularidad al papel que el sanjuanino cumplió allí: "Sarmiento durante su estancia en Río oyó a estadistas, pensó, discutió y concluyó por confiar en el porvenir. Tuvo una entrevista con el Emperador, que era un educacionista apasionado y con el que departió largamente sobre este tema de su predilección" (*Etapas de una gran política*, pp. 185-186).

Claro que esa actuación no podía llamar mucho la atención del propio Andrés Lamas (cuya percepción hereda su hijo), que —por su rango diplomático y por la fundamental misión que le cupo como encargado de organizar desde el Brasil la ofensiva contra Rosas—, tenía acceso frecuente (y más decisivo) al emperador, a quien —ya fuera por su juventud o como fruto de vanidad rioplatense— todos querían instruir.

Pero si Pedro Lamas considera como algo corriente el encuentro del autor de *Facundo* con el emperador (reduciendo a uno sólo los varios que el argentino dice haber tenido), en otros pasajes se revela que —a pesar de no considerarla extraordinaria— la conversación entre Sarmiento y Pedro II ha impuesto un modelo. O mejor, no tanto la conversación en sí misma como el modo de registrarla. Porque la escena de conversación que diseña Pedro Lamas entre su padre y el emperador es bien sarmientina, por el tono y por el diseño de una figura sobresaliente. El hijo de Andrés Lamas, que escribe *Etapas de una gran política* en 1908, busca fijar y distribuir los méritos que a los interlocutores rioplatenses del emperador les caben; y en esa pulseada, Sarmiento pierde frente al uruguayo. Pero Pedro Lamas, al momento de escribir su libro, ya ha leído *Campaña en el ejército grande aliado de Sud-América*; y —muy probablemente— también *El Brasil intelectual*, de Martín García

¹⁰. Lamas, Pedro, *Etapas de una gran política*, Sceaux, Imprenta Charaire, 1908, p. 180.

Mérou, publicado en 1900, donde esas conversaciones del argentino se recuerdan y se recuperan (al tiempo que se señala que el libro de Sarmiento había dejado de circular, por lo que se vuelve más necesario el rescate). Por eso, alguna influencia ha de haber ejercido *Campaña en el Ejército Grande* sobre el hijo de Andrés Lamas, ya que éste recupera las escenas de conversación del uruguayo con Pedro II recurriendo a estrategias sarmientinas. Si Sarmiento representa su escena como la conversación entre un estudiante y un profesor, al referirse a su padre, Pedro Lamas —tal vez más pio— sostiene que

mi padre intentaba la catequización de un espíritu elevado, abierto a las ideas nobles y a las concepciones generosas: me refiero al joven Emperador. [...] Éste) Acogió, en San Cristóbal, con benevolencia e interés al emisario oriental: no tardó en oír con placer sus relatos, deseoso de instruirse, de conocer a fondo las cosas, los hombres, las tendencias en pugna, los móviles y aspiraciones de las corrientes contrarias que se chocaban, implacables, ensangrentando el mar y la tierra en las regiones del Sur (*Etapas de una gran política*, pp. 41-42).

Fue ciertamente decisiva la intervención de Andrés Lamas para conseguir el apoyo del ejército brasileño en la alianza contra Rosas, y *sarmientinamente* su hijo se concentra por momentos en ese "solo hombre", que cambia con su misión el rumbo de la política rioplatense. Y aunque el tono grandilocuente y cierto grado de exageración puedan atribuirse al hecho de que sea su hijo quien hace el panegírico, es verdad que no tuvieron poco mérito las gestiones del enviado uruguayo. En torno de la construcción gloriosa de una figura, se descubre —de todas maneras— que algunos acontecimientos producidos en el Brasil fueron ciertamente importantes en el destino de la Argentina: "En Río de Janeiro, de 1848 a 1851 se elaboran los sucesos que poco más tarde iban a imprimir una nueva orientación a los destinos del Río de la Plata. Se incubaba allí, entonces, una nueva política" (*Etapas de una gran política*, p. 64). Son los años de misión de su padre, claro: pero en este caso los lee menos personalmente, al aludir a que —de no haberse producido la batalla de Caseros— personajes de la importancia de Mitre o de Sarmiento, desterrados, se habrían "perdido para su patria". Y es precisamente *Campaña en el Ejército Grande* el texto a través del cual Pedro Lamas confirma el papel fundamental cumplido por su padre, texto que cita *de memoria*, porque escribe "sin libros y papeles a mi alcance": "Lamas ha llenado con esta misión el episodio más glorioso de la defensa de Montevideo, a la vez que ha echado las bases de nuestra resurrección política." En la obra citada, Sarmiento dedica numerosas páginas a la misión de mi padre [...]", se ufana (*Etapas de una gran política*, p. 190). La cita es bastante fidedigna de lo que en efecto Sarmiento ha escrito en *Campaña*:

[En el Brasil] He tenido el gusto de tratar de cerca al señor Lamas, a quien no vi sino una sola vez en Montevideo en 1846; ¡cómo ha crecido desde entonces hasta acá! Cuánta prudencia, cuánta habilidad práctica le ha dado esta embajada al Brasil que llena el episodio más glorioso de la defensa de Montevideo, base de nuestra resurrección política. La historia de esta misión es un monumento, y el hombre que, por su intrincada complicación, ha creado un tesoro para nuestros países; y digo para nuestros países, porque sus simpatías, sus estudios, sus afecciones de familia lo hacen argentino en ésta o en la otra orilla del río.¹¹

En 1846, en carta a Mitre, Sarmiento había lamentado no haberse presentado ante Lamas y Pacheco y Obes en Montevideo por haberlo intimidado la "alta posición" de los uruguayos¹². La relación sólo se dará en el Brasil, en 1852, cuando se vean cotidianamente durante la estada de Sarmiento en Petrópolis; y pese a que la colocación social de Lamas sigue siendo elevada y a Sarmiento continúa infundiéndole respeto,

dejando a un lado todas aquellas cuestiones en que su posición oficial le imponía una prudente reserva, nos abandonamos a una eterna transmisión de ideas, de datos (...). Hemos hablado veinte días desde las once del día a veces hasta las once de la noche, sin que nuestros tesoros de reminiscencias, ideas generales, y vistas y aplicaciones prácticas se agotasen.

dice el argentino, poniendo de manifiesto una nueva cadena de aprendizaje por la conversación (*Campaña*, p. 260).

El carácter fundamental que tuvieron las conversaciones entre Andrés Lamas y Pedro II se evidencia en que se las dejó registradas en "un documento, memorandum o como quiera llamársele, en el que mi padre, por insinuación del Emperador, condensó sus conversaciones con el mismo en una época decisiva y memorable" (*Etapas de una gran política*, pp. 109-110). Así, una forma discursiva de gran productividad para el abordaje de las relaciones en el exilio, ha dado material útil para la construcción de la historia, y se vuelve relevante en la conformación de una memoria histórica nacional. Con el libro de Pedro Lamas, la conversación se muestra claramente como un subgénero de (o apreciado por) los memorialistas. Los testigos de las conversaciones o los herederos de los relatos orales (infinitamente repetidos en ámbitos familiares o amistosos) conservan la memoria de esas escenas para transformarlas en

¹¹ Sarmiento, *Campaña*, pp. 70-71 (y no es el único pasaje que le dedica a Andrés Lamas).

¹² Carta de Sarmiento a Bartolomé Mitre, Río de Janeiro, 19 de febrero de 1846, en Sarmiento, *La correspondencia de Sarmiento*, p. 113.

documentos por medio de su registro escrito¹³. La conversación como género de religamiento en el exilio (en tiempo presente), gana una nueva modulación al incorporar la perspectiva histórica: la conversación como género de la memoria, que se ve en el registro escrito de estas escenas de conversación de antirrosistas en el destierro.

El protocolo de la *gaucherie*

Es evidente que a Sarmiento le interesa codearse, relacionarse y encumbrarse. La carrera de los honores, se sabe, es la forma que tiene de compensar lo que el nacimiento en una alejada provincia argentina se empeña en vedarle —o al menos obstaculizarle— como el destino que cree merecer. No será “doctor”; pero sabrá acumular títulos en un *cursus honorum* sin tregua; y se sentirá orgulloso de recibir, luego de la batalla de Caseros, los “diplomas y la condecoración de Oficiales de la Orden militar de la Rosa, que da en el Brasil honores y tratamiento de coronel, como una honra con que el Emperador ha querido que conservemos el recuerdo del combate naval del Tonelero”, como le dice a Mitre (junto con quien —además de Wenceslao Paunero— Sarmiento comparte el honor)¹⁴. Es tan importante la condecoración que,

[p]ara mí, la mención honorable del Sr. Vice-Almirante Grenfell, y la condecoración del Emperador, como mi espada, las espuelas de Lavalle y el estandarte tomado al enemigo, son los únicos recuerdos y los únicos trofeos adquiridos. Sin ellos, mi nombre habría sido borrado de las listas del ejército, no obstante que fue el único que por su doble empleo [de soldado y boletínero], no tuvo

13. Pedro Lamas explicita: “conviene que explique cómo es que me aventuro a resucitar conversaciones de tanta importancia, de tanta innegable significación histórica. La memoria de mi padre le era muy fiel, y yo le oí contar, muchas veces, sin discrepancias, en el correr de los años, lo que me empeño hoy en reproducir” (*Etapas de una gran política*, p. 254). El general José María Paz, por su parte, acostumbraba guardar registro escrito de algunas conversaciones que mantenía con Andrés Lamas, por ejemplo. Es así como se lamenta cuando, necesitado de recurrir al material que esas charlas entregaba, ve que no se ha “tomado el trabajo de redactar las conversaciones” (Juan B. Terán recoge algunos fragmentos de su diario en los que Paz hace referencia a o trabaja directamente sobre esas charlas, en *José María Paz. 1791-1854*, Buenos Aires, Cabaut, 1936, pp. 289-295). Es evidente que tanto estas escenas como las que recupera Pastor Obligado en relación con Mariquita Sánchez (“El salón de madama Mendeville”) se presentan como una reminiscencia fiel, sin mediaciones, cuando en rigor son construcciones de estampas que fijan sentidos y los lanzan hacia la memoria nacional. (Es hacia el ochenta, en términos generales, que esas conversaciones ingresan a la literatura y a la historia argentinas como una modalidad habitual y legítima de conformación de una memoria nacional).

14. Sarmiento, *Compañía*, p. 63. La “Ordem da Rosa” había sido creada en 1829 por Pedro I en conmemoración de su casamiento. Sarmiento la recibe el día 19 de abril de 1852, según le dice a su amigo José Posse en una carta que le escribe ese mismo día (*Epistolario entre Sarmiento y Posse. 1845-1888*, Buenos Aires, Museo Histórico Sarmiento, tomo I, p. 29).

hora de reposo en la campaña, y se halló en los dos grandes combates que la ilustraron (*Campaña*, p. 63).

Sarmiento se refiere a la condecoración como "una agradable sorpresa" que le tenían preparada: se muestra recibiendo, por merecimiento propio y voluntad de quien lo ofrece, un don. Hace saber —como distraidamente— que, en sus encuentros, el emperador "nada me había dejado traslucir sobre las condecoraciones" (*Campaña*, p. 68). Sin embargo, la versión que da la familia Lamas es un poco menos candorosa:

Antes de dejar a Rio de Janeiro, Sarmiento le manifestó a mi padre el deseo de ser condecorado por el Emperador; intérprete de ese deseo, mi padre obtuvo que se le nombrara comendador de la orden de la Rosa.

El día en que recibí la condecoración había baile en el Casino, con asistencia de Sus Majestades.

Mi padre, que se hallaba en la sala, lo vio llegar a Sarmiento con la encomienda puesta, pero al lado derecho del frac. Le observa que se lleva a la izquierda. —Es lo mismo, dice, aunque cambiándosela, efectivamente a la izquierda, en medio de la sala, con su peculiar desenvoltura.

Era, en todo, el hombre original, pintado por él mismo en *Civilización y barbarie*, cuyo rastro luminoso no se borrará, empero, de los anales históricos de su país (*Etapas de una gran política*, pp. 191-192).

Ya al comentarle a su amigo Bartolomé Mitre el grato contacto que había establecido con Andrés Lamas, el propio Sarmiento había pintado su *gaucherie*, panel de fondo que hacía aún más evidentes las virtudes políticas de las que se jactaba y que nunca se cansaría de destacar:

[Lamas] Es muy argentino como usted sabe, y el hábito de una diplomacia laboriosa le ha dado esa souplesse y tacto de los hombres y de las cosas que a mí me falta, después de haber servido tantos años de cuña, de púa para horadar el muro de granito que nos tenía separados de nuestra patria. Él ha logrado introducir en mi espíritu un poco de calma y casi he desistido de lanzar a quemarropa un brulote que no sería sino el aviso de que abro una nueva campaña para continuar el trabajo comenzado.